

RESEÑAS

Federico MOLINA FAJARDO, *Almuñecar romana*, Granada, 2000, 309 págs. ISBN: 84-931528-0-3.

El trabajo que ahora reseñamos, publicado hace apenas un año, proporciona una interesante visión global sobre la Almuñecar romana, en base a una exhaustiva recopilación y estudio de todas las fuentes que se conservan para dicha localidad, y entre las que destacan sobre todo las arqueológicas, que unen a su excelente presentación (planimetrías, fotografías, cuadros, etc...), la cualidad de ser, en casi todos los casos, de primera mano. A este respecto, no podemos olvidar que, desde hace veintitrés años, es el propio autor quién se ha encargado de dirigir muchas de las labores arqueológicas de esta localidad granadina, excavando y poniendo en valor yacimientos tan importantes como la factoría de salazones de “El Majuelo”, “Cueva de Siete Palacios” o el acueducto romano.

En lo que respecta a la organización del contenido, la obra comienza con el capítulo dedicado a las fuentes literarias clásicas que, desde el s. V a.C., se hacen eco de esta localidad, y que inciden, en general, en su floreciente industria de salazones. Dicho capítulo, está realizado por M. Pastor, y nos ofrece, además del texto original, una traducción y un comentario histórico sobre su contenido.

A continuación, sigue el capítulo dedicado a la epigrafía, que en este caso es realizado en colaboración por F. Molina y M. Pastor, y en el que se recogen todas las inscripciones grabadas sobre piedra, mármol y cerámica, procedentes o relacionados con Almuñecar. Éstas son clasificadas en funerarias, honoríficas e inscripciones sobre cerámica (ánforas), entre las que destaca, precisamente, una inédita (nº 15).

El capítulo siguiente incluye el análisis de la numismática procedente de Almuñecar, lo cual está aún más justificado, si cabe, por el hecho de que esta localidad acuñó moneda propia en época púnica, teniendo validez hasta principios del Imperio. En dicho análisis, se aborda, en primer lugar, el estudio de las monedas de la ceca de *Sexi*, en segundo lugar una selección de monedas halladas en Almuñecar, y finalmente, un estudio de circulación monetaria a partir de las 671 monedas aparecidas en “El Majuelo” y que si bien es válido como pequeña muestra, no ha permitido establecer conclusiones definitivas. No obstante, eso sí, todos los hallazgos demuestran que el municipio romano de *Sexi* estuvo bien

integrado dentro de los circuitos de circulación monetaria del Imperio a lo largo de los siglos de cultura romana.

A partir del cuarto capítulo, y una vez situadas las fuentes de carácter histórico, aborda el autor el estudio de las realidades arqueológicas de época romana que han sido puestas a la luz en esta localidad costera granadina, aportando, además de una adecuada síntesis de los trabajos precedentes, informaciones de primera mano, provenientes de las tareas de excavación de varios yacimientos que él mismo ha dirigido.

En este sentido, encontramos en primer lugar, un análisis profundo del acueducto romano, asociado a la floreciente industria de salazones y *garum* y que el autor data en la primera mitad del s. I d.C. En él, nos presenta, los cinco tramos que se han conservado, incluyendo todas las informaciones anteriores y los nuevos e importantes hallazgos, que le permiten dar una visión más completa de esta conducción de agua. Este es el caso del llamado tramo de "La Carrera", excavado recientemente, junto al que han aparecido asociadas unas termas y en el que quizá se refleje el paso de la vía que unía *Castulo* y *Malaca*, que podría enlazar con el puente viejo del Cotobro. Así mismo, también incluye, una breve, pero interesantísima caracterización de una obra subterránea en "Las Angosturas", pendiente todavía de intervención arqueológica, pero que ha sido confirmada como el punto de captación de agua para el acueducto, que se convierte así en el único de España que se encuentra prácticamente completo desde su inicio.

En segundo lugar, también encontramos una síntesis muy adecuada sobre uno de los elementos tradicionales que han definido la riqueza arqueológica romana de Almuñecar, como es el conjunto de bóvedas, denominado "Cueva de Siete Palacios", actualmente sede del Museo Municipal. En ella destaca, además de la descripción y de la útil secuencia cultural, la presentación de las diferentes hipótesis sobre su funcionalidad, en la cual el autor y arqueólogo de esta localidad, además de observar las dificultades de algunas de ellas, se reafirma en el planteamiento de que dicha construcción formaría parte de un criptopórtico que, salvando el desnivel del terreno, formaría una explanada superior destinada a la edificación de las construcciones civiles de la ciudad romana (foro, templo, curia, etc.).

Acto seguido, aborda la realidad de uno de los elementos que definieron la realidad económica de la ciudad, como son las factorías de salazones y *garum* que, según el autor, se habrían ubicado rodeando la península que habría formado Almuñecar en la Antigüedad, y de las que sólo se han podido documentar, la de "El Majuelo" y la más pequeña de la calle Morería. Con respecto a la primera, podemos encontrar aquí toda una síntesis de su realidad arqueológica, incluyendo

las pequeñas intervenciones de los años setenta, así como un minucioso estudio de una selección de materiales procedentes de las excavaciones que el propio autor dirigió a partir de 1982, y que incluye la cerámica, las lucernas, las marcas sobre ánforas y los vidrios. Precisamente, a través de ellos se puede fechar el período de actividad romana en la factoría entre el s. I a.C. y IV-V d.C., coincidiendo con el de la calle Morería, excavada en 1996 y en la que se documentan ocho piletas.

Ya en el siguiente capítulo, F. Molina aborda el tema de la arquitectura funeraria analizando dos columbarios del s. I d.C, relacionados con las *villae* que debieron rodear a la ciudad, y una tumba turriforme aparecida junto al "acueducto de La Carrera", que podría estar en relación con la vía que uniría *Castulo* y *Malaca*.

Por lo demás, el resto de capítulos, está dedicado al análisis exhaustivo de toda una selección de materiales artísticos y arqueológicos aparecidos en Almuñecar, que si bien no aportan resultados espectaculares, si aportan pequeñas luces para valorar y conocer más a fondo los usos y costumbres de su sociedad. Estos capítulos son concretamente, el dedicado a la escultura, en la que destaca una Minerva hallada en 1954; el dedicado a las terracotas, que nos habla del culto a *Attis* y de la existencia de un posible taller local; el dedicado a las lucernas, que se realiza en colaboración con F. Moreno Jiménez; y finalmente, el referido al estudio de las anclas y ánforas que se han documentado en esta localidad y para el que ha contado con la ayuda de F. Nestares García-Trevijano.

Por último y concluyendo con su contenido, se incluyen unas conclusiones generales, que además de un repaso a todo lo dicho en la obra, aporta como novedad una hipótesis de trabajo sobre la posible ubicación del teatro romano de la ciudad.

En resumen, el trabajo que F. Molina presenta en esta ocasión, y que recoge buena parte de los veintitrés años de labor arqueológica que ha desarrollado, es una excelente panorámica general de la ciudad romana de Almuñecar, que inició su singladura a finales del s. III a.C., principios del II a.C., y que decaería con el final del Imperio, en los siglos IV y V d.C. De esta forma, la obra que ahora tenemos entre las manos no representa un punto final en la investigación de esta ciudad, algo por otra parte imposible, sino que se convierte en un elemento de gran utilidad para todos los que, en un futuro, quieran conocer y profundizar en el pasado de este excepcional enclave fenicio-púnico y romano.

José Antonio ALEJO ÁLVAREZ
Universidad de Granada

Piero BERNIMILLET, *Las ánforas de aceite de la Bética y su presencia en la Cataluña romana*, Corpus international des timbres amphoriques 4; Col.lecció Instrumenta 4; Publicacions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1998. 272 págs. ISBN: 88-475-1849-3.

El presente trabajo de P. Berni Millet constituye una nueva contribución del equipo que dirigen J.M. Blázquez y J. Remesal al estudio de la producción y comercialización del aceite bético, así como a una de las publicaciones más importantes sobre la realidad anfórica: el *Corpus International des timbres amphoriques*. Una serie, que parte de un proyecto de la Union Académique International (Bruselas) y que, auspiciada en España por la Real Academia de la Historia, ha visto ya publicados trabajos ineludibles para el estudio de la economía antigua, cómo los *Estudios sobre el Monte Testaccio*, I (en preparación ya el segundo), de los ya citados J.M. Blázquez y J. Remesal o el dedicado al abastecimiento de aceite bético y africano en Britannia de C. Carreras Monfort y P.P.A. Funari, entre otros.

Por lo que respecta a su contenido, la obra conjuga dos tipos de estudio sobre la producción y comercio del aceite bético cumpliendo, creemos que de forma satisfactoria, dos expectativas reclamadas por la investigación. Nos referimos en concreto, al necesario repaso a la luz de nuevas ideas de la realidad anfórica en su ámbito de producción, esto es, la Bética; y en segundo lugar, al estudio del papel que jugó el aceite bético en un ámbito que ha sido tradicionalmente infravalorado por la investigación: la Cataluña romana.

Así pues, el primer tipo de estudio lo encontramos desarrollado en el capítulo 1, titulado "Las ánforas de aceite de la Bética", y en el que, se hace una síntesis de todo lo dicho hasta ahora en relación con estas ánforas, incluyendo una serie de nuevas aportaciones, que se reflejan sobre todo en los aspectos tipológicos. En este sentido, en este capítulo se realiza una breve introducción sobre las bases de la investigación, un estado de la cuestión sobre las diferentes categorías epigráficas del ánfora, y sobre todo, una detallada síntesis tipológica de las ánforas olearias béticas.

Definir en breves líneas dicha tipología no es tarea fácil, pero sí nos gustaría resaltar algunos aspectos que, creemos, le confieren una gran utilidad y un carácter novedoso.

En concreto, nos gustaría resaltar, en primer lugar, el punto de partida de la tipología, que no es otro que la propia epigrafía de las ánforas que, al proporcionar cronologías absolutas y relativas e ir en concomitancia con la evolución de las formas, permite al autor inferir dataciones y organizar las diversas

formas constatadas; de tal forma que éstas puedan actuar a posteriori, como él mismo plantea, como "fósil director" en las excavaciones en las que se constaten. En segundo lugar, su excelente organización y presentación (con abundantes y necesarias láminas), siguiendo un riguroso orden cronológico, y en la que se incluyen un análisis tipológico, epigráfico y socio-económico de todas las etapas diferenciadas: augusteo-tiberiana, julio-claudia, flavio trajanea, antoniniana, severiana y post-severiana y formas tardías (Tejarillo I y Dressel 23). Y finalmente, la inclusión en dicha tipología de todas las formas cerámicas que se usaron en el transporte del aceite bético. Aspecto éste, que precisamente le otorga su carácter novedoso, puesto que las tipologías existentes hasta ahora, caso de la de Beltrán (1970), Martin- Kilcher (1983), Keay (1983) o Funari (1987), entre las más recientes, se habían centraban exclusivamente en las formas Dressel 20 y 23.

El segundo tipo de estudio que se conjuga esta obra se desarrolla a partir del capítulo 2, en el que se aborda toda la problemática de la presencia del aceite bético en buena parte de lo que sería la Tarraconense oriental, a partir de toda la documentación anfórica bética aparecida. Así, se analizan con una rigurosidad envidiable y siempre desde la información documental: los circuitos annonarios del aceite bético; las redes comerciales de redistribución; la discutida producción de aceite en la Tarraconense oriental, especialmente si ésta fue autosuficiente y si existió una producción tarraconense de Dressel 20; los problemas en torno al consumo del aceite bético en la Tarraconense; y los hallazgos de ánforas béticas en relación a las distintas comarcas y ciudades en las que han aparecido.

No obstante, la novedad sin duda reside en la ruptura que marca P. Berni Millet, con la idea tradicional que infravalora la importación de aceite bético en la Tarraconense, en base una supuesta producción local autosuficiente, puesto que el autor comprueba en base a este estudio, como la importación de aceite bético en la actual Cataluña, fue un hecho constante entre los siglos I d.C y VI d.C. Incluso, siendo el predominante durante todo el Alto Imperio, y compartiendo el protagonismo con el norteafricano durante los siglos del Bajo.

Para concluir con su contenido, solo mencionar que, muy acertadamente, toda la documentación anfórica utilizada por P. Berni Millet está incluida en los capítulos 3 y 4, como de "*inventario de ánforas de aceite bético halladas en Cataluña*", y "*corpus de epigrafía anfórica*", constituyéndose como dos elementos de referencia excepcionales. En especial, el dedicado a la epigrafía, puesto que continuando la línea que ya marcará Dressel de ordenar alfabéticamente los *nomina* documentados en las ánforas, permite la rápida comparación con otras fuentes epigráficas. Así mismo, también incluye toda una serie de índices (relativos al corpus de sellos, de fuentes literarias, onomástico, etc...) y una

extensísima bibliografía de gran utilidad.

En resumen, la obra de P. Berni Millet es una herramienta excepcional para el conocimiento de la realidad del comercio del aceite bético, tanto en su ámbito de producción, como en una de las zonas de recepción, en la que tradicionalmente se había infravalorado su presencia, la Tarraconense oriental. A este respecto, no nos queda duda de que tanto el arqueólogo como el historiador, encontrarán en ella un elemento de gran utilidad. El primero, porque la clasificación tipológica que se incluye, es una referencia de primer orden para datar y contextualizar multitud de niveles que contienen estas ánforas; y el segundo porque hallará todo un esfuerzo de reconstrucción sobre el exacto papel que jugó el aceite de la Bética en la Cataluña romana durante un período de quinientos años, a la vez que un magnífico análisis de su situación económica y de las relaciones que mantuvo durante todo este tiempo con la provincia romana de la Bética.

José Antonio ALEJO ÁLVAREZ
Universidad de Granada

GEORGIADOU, Aristoula y LARMOUR, David, *Lucian's Science Fiction Novel TRUE HISTORIES*. Leiden, Brill, 1998.

*Algo verdadero voy a decir
y es que soy un mentiroso*

Georgiadou y Larmour nos traen una nueva lectura de la “novela” de Luciano de Samósata *Historias Verdaderas*; desde el título de su ensayo se nos advierte de una hipótesis que intentará ser probada: la de que *Historias Verdaderas* no sólo pertenece al género novelístico sino al subgénero de la novela de ciencia ficción. La idea no es enteramente nueva: en 1975 R.L.Green tituló un libro que recorría ampliamente el tema, *Into Other Worlds: Space-Flight in Fiction from Lucian to Lewis*. Un año después, S.Fredericks publicó en la revista *Science Fiction Studies* un artículo con el sugestivo título de “Lucian's True History as Science Fiction”. También en 1976 y en la misma revista, R.Swanson publicó otro artículo sobre el tema titulado “The True, the False and the Truly False: Lucian's Philosophical Science Fiction”.

Como en la mayoría de los casos un título explícito puede hacernos leer todo un trabajo en función de una determinada idea, lo mejor que puede hacer el lector es rechazar momentáneamente la oferta y reivindicar una sagrada inocencia (aun cuando se trate de una obra crítica) desde la cual poder leer sin ataduras;

acordemos, eso sí y por un elemental respeto a los autores, volver al tema de la ciencia ficción sobre el final de este comentario.

Georgiadou y Larmour organizan su abundante material en base a una división básica: en la primera sección, que es más breve, se interpreta e introduce; en la segunda, aproximadamente el doble de extensa, se comenta a partir de determinadas notas al texto griego. En general, puede decirse que mantienen esta disciplina autoimpuesta, aunque no faltan partes del *Comentario* que bien podrían haber sido incluidas en la *Interpretación*. Se puede caracterizar al *Comentario* como la sección “dura” del trabajo, donde el texto es meticulosamente interrogado; dada esta condición, se hace difícil en una reseña de este tipo exponerlo al juicio de un lector que probablemente no lo haya leído y más probablemente no lo lea. En cambio, la *Interpretación* es más fácil de transmitir y criticar, pues atiende a ciertos criterios -algunos generales, otros más específicos- con los que los autores ejercen su labor crítica; por ello, vamos a concentrarnos en esta primera sección.

La frase de Luciano que elegimos para titular esta reseña, o el título con el que Swanson comentara *Historias Verdaderas*, nos ponen en el centro de una problemática que los autores abordan sin sucumbir a la tentación del juego de palabras o de artificios (“si Luciano es un mentiroso no puede ser verdad su declaración de que lo es”, etc., y demás juegos bizantinos que, dicho sea de paso, no hubieran desagradado a Luciano). En realidad, lo que la expresión advierte es del tono general de burla a los *introitos* con los que especialmente los historiadores proclaman su vocación de verdad; aunque la sátira vaya dirigida a todos los especímenes de escritores -es decir: a poetas y filósofos también-, hay aquí en Luciano un regusto por la mofa de Herodoto y los suyos. En situación intermedia quedan los filósofos -Luciano quiere verse como “diferente de Sócrates”-, y hay una mirada raramente fraternal hacia Homero. En la clásica distribución de premios y castigos que se permite en su insular infierno/paraíso (- la *isla de los Malvados* y la *isla de los Bienaventurados* donde el narrador encuentra las almas de los muertos y describe su existencia paradisiaca-) Luciano hace de Homero el *poietés* por excelencia, a Sócrates le concede en recompensa por su arrojo en la batalla contra los Impíos, un paraíso propio que él llamará *Nekrakademia* y a Herodoto lo envía al infierno junto a Ctesias de Cnido. Desde luego, tratándose de Luciano, los poetas no se salvan enteramente de algunos dardos envenenados.

Los autores avanzan en la disquisición de los métodos retóricos de los que se vale Luciano. Demuestran convincentemente que en su época -mediados del siglo II- la alegoría no sólo era conocida sino que constituía un recurso común en

la construcción de textos en verso y prosa. A partir de allí, intentan sin demasiada consecuencia analizar posibles interpretaciones alegóricas de los fragmentos; algunas resultan convincentes, y se refuerzan por el uso semicabalístico de conocimientos numerológicos que se expresa en la sobrepresencia del número siete y sus múltiplos. Sin embargo, con buen criterio, los autores no extreman esa línea de interpretación: indudablemente buenos conocedores de la muy diferenciada obra del gran satírico, saben que jamás se limitaría a tensionar una sola cuerda.

La veta más rica es, evidentemente, la del viaje. Allí sí que es posible dejarse llevar por diferentes hipótesis con la seguridad de que la elección del viaje por Luciano fue inspirada por esa múltiple necesidad de abrir el texto. Evidentemente, la del viaje es la forma narrativa más popular, lo era antes de Luciano y probablemente lo siga siendo, sobre todo si se contabilizan los innumerables viajes interiores de la novela psicológica. El viaje de Luciano es clásico en la elección de elementos: elige el agua como el espacio más desconocido y, por lo tanto, “más fácil de mentir acerca de ella”. Pero el agua se hace aire, espacio infinito, con el ritual viaje a la luna incluido. El viaje de Luciano debiera simultáneamente ser considerado como fantástico y mental; lo notable es que un viaje tan poco geográfico o físico sea descrito con términos tan realistas. Permita el lector una sugerencia: ¿por qué no llamar a esta técnica -provisoriamente, hasta la discusión final-, por qué no llamarla “relato fantástico”?

Lo sustantivo del lenguaje realista a propósito de sucesos y elementos irreales es que trae de nuevo a la palestra la veracidad del relato: Luciano ha prometido mentir, no ser veraz, pero se vale de la técnica de la verosimilitud. El lector antiguo estaba acostumbrado a que le prometieran verdad y le dieran mentiras; al recibir aparentes verdades, tal vez pusiera en duda la intención de la proclamada falsedad que hace Luciano en la Introducción de *Historias Verdaderas*. De ser cierto, sería un admirable recurso; aclaremos que Georgiadou y Larmour apenas insinúan la idea.

Entre la luna y las islas, Luciano y los suyos pasan por el vientre de una ballena; los autores hablan de posibles -aunque dudosas- influencias bíblicas, que podrían reforzarse con alguna huella de cristianismo que intuyen aquí y allá. Las observaciones de este tipo son múltiples, y revelan una lectura erudita, que el lector actual agradecerá. Lo que de algún modo tienen de negativo este tipo de alumbramientos -que se suceden incansablemente- es que inhiben una discusión más formal acerca de la dimensión introspectiva del viaje como búsqueda del conocimiento, en primer lugar conocimiento de sí mismo. En cada una de las elecciones que Luciano -personaje- va realizando podría detectarse una tendencia

a demostrar -sin énfasis, desde luego- la superioridad de los principios filosóficos que Luciano -autor- ha adoptado críticamente.

En este aspecto, la mención de los autores de sus predilecciones por los cínicos y epicúreos parece incompleta: el estudio minucioso del texto tal vez permitiera profundizar el tema. Es probable que al final de esa búsqueda el especialista se encuentre con un “monstruo literario” -en la Argentina parece fácil pensar en Borges- cuyo interés por las doctrinas filosóficas sea intenso pero personalmente descomprometido, pues sólo suponen para él elementos lúdicos aptos para construir su narrativa.

Terminemos esta presentación discutiendo la hipótesis de la ciencia ficción. En todo el texto no hay atisbos de comentarios o elementos de ciencia y técnica que tal vez debieran ser considerados como necesarios para constituir el tipo; si hemos de arriesgar una intuición, la clasificación deriva del viaje a la luna, una ilusión que durante casi toda su historia signó las fantasías más vivas de los hombres (y probablemente dejó de hacerlo desde que los hombres efectivamente llegaron a la luna). Claro está que no toda la ciencia ficción se vale de artilugios técnicos, y ni siquiera puede decirse que la más atractiva apele frecuentemente a ellos. Sin embargo, la idea de un *relato fantástico-maravilloso* parece más adecuada que la de “novela de ciencia ficción”. Para empezar, se evitan las incomodidades de defender como novela a un texto que no es lo suficientemente largo ni narrativamente concentrado; en segundo lugar, lo fantástico contiene a la ciencia ficción, sin las desventuras que puede traer el comparar *Historias Verdaderas* con Ray Bradbury. Sea como fuere, es importante considerar que un análisis de lo fantástico debe incluir lo maravilloso y lo extraño, géneros a los cuales necesariamente se superpone.

Dicho esto, un comentario general final sobre el libro de Georgiadou y Larmour. Contiene una riquísima exposición de hallazgos propios y ajenos sobre el libro de Luciano, por lo que su lectura resulta indispensable para quienes tienen un interés especial por el gran satírico. Más allá de ese público restringido, el libro conserva su interés: se *entiende* mucho mejor *Historias Verdaderas* habiéndolo leído. Pero, si se nos permite, lo mejor es leerlo después: Luciano no nos es tan lejano como para que el lector contemporáneo no pueda dialogar con él sin intermediarios sobre el difícil arte de prometer mentiras para terminar diciendo verdades.

Lic. María del Carmen CABRERO
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca. Argentina

José FERNÁNDEZ UBIÑA, *Cristianos y militares. La iglesia antigua ante el ejército y la guerra*, Colección Monográfica “Eirene” nº 13, Universidad de Granada. Instituto de la Paz y de los Conflictos, Granada, 2000, 730 pp. [ISBN 84-338-2709-X].

Este libro aborda el estudio de las actitudes del cristianismo ante el hecho militar (siglos I a V, aunque también se adentra en las raíces veterotestamentarias), muy especialmente frente al servicio militar y la guerra. Lo hace desde la óptica del historiador, liberándose de esta forma de las trabas que en el pasado la condición de teólogo impuso a otros estudiosos de esta misma temática. Pero este acercamiento, estrictamente histórico, no lleva al autor a escribir aséptica y desapasionadamente, sino que, muy al contrario, se encuentran tomas de partido como la siguiente: “...no le faltaba, pues, razón al obispo Jhon J. O’Connor, vicario castrense de los Estados Unidos, cuando afirmaba recientemente que «sin importar lo que pueda probarse en las tres primeras centurias de la Cristiandad... la Iglesia oficial ha enseñado durante siglos que la guerra justa es posible»”.

Desde el primer momento J. Fernández Ubiña aborda la investigación con la intención de historiar, y no de justificar o denunciar posturas morales. Ya en el mismo prólogo advierte claramente de sus objetivos: valorar críticamente las aportaciones historiográficas, estudiar las fuentes primarias y ofrecer una interpretación propia de los problemas históricos que se plantean. Esto no es, en otras palabras, sino hacer historia.

El gusto y el conocimiento de la historiografía es una constante en el autor, como ya se advirtió en su monografía precedente sobre la llamada “crisis y decadencia” del mundo clásico (*La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, 1982). Una temática como la planteada, el cristianismo y sus relaciones con la violencia institucional, no está libre de servidumbres históricas. Baste decir que gran parte de la producción científica fundamental se llevó a cabo en la convulsa primera mitad del siglo XX, cuando en un corto lapso de tiempo se podía pasar de una situación de exaltación nacional prebélica a, por ejemplo, otorgar el premio Nobel de la Paz (1947) a los cuáqueros por su pacifismo y “promoción de la fraternidad humana”. Necesariamente una situación así tiene consecuencias historiográficas. El autor es perfectamente conocedor de estos condicionantes, no limitándose a recoger sin más las diferentes aportaciones bibliográficas sino analizándolas críticamente. Ello le llevará a revalorizar autores como, por ejemplo, C.J. Cadoux, o a discrepar puntualmente de otros absolutamente consagrados para la temática como A. Harnack.

Respecto de las fuentes, el autor hace una amplia selección, algo que no

es fácil si consideramos lo dilatado de su campo de estudio y, según se advertirá a continuación, el uso que hace de las mismas, logrando extender un conjunto documental ya de por sí basto. Especial acierto supone, a mi parecer, la revalorización en calidad de fuentes documentales de determinados *corpora* como los llamados escritos apócrifos o, por ejemplo, las narraciones hagiográficas. En relación con estas últimas, el autor se ha servido de la hagiología crítica, de las grandes aportaciones metodológicas de, por ejemplo, H. Delehaye y los socios bolandos, lo que le permite un acertado análisis de estas fuentes de especial dificultad por su misma naturaleza ahistórica: “Hay actas cuyo valor histórico principal no radica, por otra parte, en los hechos narrados, sino en la ideología que transmiten en relación con el servicio militar”. A este respecto, creo oportuno recordar la distinción, propuesta por S. Ronchey, entre autenticidad o antigüedad de la fuente y veracidad de la misma. La primera responde a criterios filológicos, o si se prefiere “anticuario-arqueológicos”, mientras que la segunda está relacionada con parámetros puramente históricos; todo esto debe prevenir de sobredimensionar el factor cronológico en las fuentes.

Pero quizá de mayor mérito, más que la ya de por sí excepcional recopilación de fuentes que aquí se lleva a cabo, es la manera de interrogarlas. Una mirada original es lo que permite al autor extraer conclusiones novedosas de documentos en ocasiones muy explorados por la investigación histórica, interrogando a estas fuentes desde perspectivas y ángulos inéditos: “Las metáforas belicistas, los abiertos elogios de la disciplina militar, en fin, el silencio de las fuentes sobre la actitud cristiana ante el oficio de las armas, prueban que no existió ninguna «cuestión militar» hasta fines del siglo II”. También de esta manera, por ejemplo, huye de pronunciamientos generales a favor del martirio, por más que sean brillantes algunos textos que lo alientan. Llega a esta conclusión basándose en el estudio de los textos cristianos gnósticos, que consideraban al martirio un verdadero suicidio, y a los que de común sólo se les pregunta por lo que podríamos llamar su grado de “desviación teológica o doctrinal”. Tal postura, la repulsa por el martirio, sería compartida por paganos como Luciano, representante, además de la segunda sofística, de lo que podríamos llamar el sentido común de la época. Asimismo, es de agradecer el esfuerzo, no siempre reconocido, por ofrecer las fuentes traducidas, facilitando la lectura y permitiendo, pese a ser una monografía especializada, la ampliación de sus posibles receptores. Tal empeño tiene mucho que ver con otra constante en este libro: el autor ha escrito pensando en su interlocutor, de modo que los guiños al lector, buscando su complicidad, son frecuentes. Así, al hablar de la relación de conflicto y compromiso entre cristianismo e Imperio, se expresará de la siguiente manera: “No debiera

sorprender que las primeras comunidades mantuvieran actitudes discrepantes respecto al ejército y la guerra. No es al cabo otra cosa lo que hoy podemos constatar en las Iglesias cristianas y, en todo caso, no radicó aquí la causa de su enfrentamiento ocasional con el Imperio"; o también: "La alianza entre ésta [la Iglesia] y el Estado se mantuvo, no obstante, en la parte oriental del Imperio y su herencia, el bizantinismo, es todavía hoy perceptible en los países de cultura ortodoxa, sobre todo en Rusia". Incluso todo un largo epígrafe inicial como el titulado "El ejército en la Historia de Roma" (pp. 46-70), donde se pone de manifiesto el carácter militar de la monarquía romana, se justifica, en mi opinión, por esta preocupación por informar al lector. Sí supone un acierto propio del autor señalar la paradójica estimación social de ejército, a la vez maquinaria de explotación y control social y medio de promoción para las clases más populares del Imperio, entre ellas parte de los cristianos: "Los ejércitos amedrentan y atraen a los más pobres...". Esta doble consideración del ejército, perceptible cuando se aborda el tema desde la óptica del historiador pero difícil de advertir cuando únicamente se buscan claves morales o éticas, alcanzará valores paradigmáticos en el caso de algún instituto armado contemporáneo.

Respecto de las tesis propias de este trabajo, parte el estudio de una premisa que es a la vez una conclusión histórica reiteradamente subrayada por el autor: la falta de unidad, especialmente entre los siglos I a III, de eso que se da en llamar "cristianismo primitivo": "No podemos hablar de Iglesia, sino de iglesias, ni siquiera de cristianismo, sino de cristianismos. El precio de la ortodoxia y del triunfo católico será precisamente la condena y desaparición de esta rica diversidad teológica". En todo momento se pone de manifiesto la disparidad de pronunciamientos de los cristianos respecto de estos asuntos, desde los gnósticos hasta los más radicales pacifistas, e incluso el carácter individual, no institucional, de estas posturas al menos hasta el siglo IV: "...que son además suficientes para forjarnos una idea precisa de las actitudes diversas que el cristianismo antiguo mantuvo frente a los ejércitos de Roma, la guerra y la violencia en general". El cristianismo, los cristianismos y las iglesias, sólo compartían a este respecto la negativa a integrar a su dios en el conjunto de manifestaciones divinas que conformaban el abigarrado mundo de las divinidades paganas. Precisamente será esta exclusividad cristiana la que lleve, avanzado el tiempo (siglo III), al conflicto con el poder imperial, empeñado en una época de crisis en la defensa de una cerrada homogeneidad política, social y cultural. El asunto clave, así puesto de manifiesto por el autor, no es otro que la deslealtad cristiana hacia la *pietas* tradicional, y no la oposición moral, algo restringido a movimientos muy minoritarios en el seno del cristianismo. Sólo cuando lleguen los *Tempora*

Christiana el cristianismo habrá superado definitivamente este condicionante religioso y por ello no encontrará motivo alguno de oposición institucional: “A inicios del siglo V, cuando Orosio escribe sus *Historias*... Su interés es ahora destacar el poder de Cristo como dios de los ejércitos....”; o más rotundamente aún: “La Iglesia como institución sólo tomó decisiones al respecto en fechas muy tardías, cuando el cristianismo era ya una religión lícita y hasta privilegiada, y entonces su respuesta fue inequívocamente positiva, de afirmación clara de su voluntad de colaboración con el Imperio y de aceptación, por tanto, del oficio militar como una profesión perfectamente compatible con el mensaje de Jesús”. A tales conclusiones llegará el autor analizando, entre otras, fuentes hagiográficas tardías a menudo erróneamente despreciadas como meros subproductos literarios.

La temática planteada presenta, en mi opinión, una dificultad de base que en todo momento es denunciada y solventada por el autor. El conflicto entre cristianismo y poder político, cuando lo hubo, no fue de carácter moral sino religioso, en la acepción más primitiva del término. Esta distinción antigua entre moral y religión, extraña a la mentalidad moderna, paradójicamente permitía la inserción de los cristianos en un elemento de naturaleza religiosa como era el Imperio y sus instituciones, la principal de ellas el propio ejército, siempre y cuando se obviasen determinados rituales, algo que pone de manifiesto el autor basándose en las fuentes documentales. Por ejemplo, al referirse a las purgas en el ejército previas a las persecuciones emprendidas por Diocleciano y Galerio, escribe: “La razón no era la incompatibilidad del cristianismo con el ejército, sino de la religión romana con el cristianismo”. Sólo en contados casos el conflicto adquiere componentes éticos, y será precisamente en éstos cuando no se encuentre posibilidad alguna de acuerdo tácito entre los enfrentados. Con ello no se pretende negar los componentes éticos tanto de la religión pagana como, sobre todo, del cristianismo, pero sí que estas religiones tuvieran su campo de batalla en los aspectos morales. Por último, el atribuir una naturaleza religiosa al conflicto, no excluye que este enfrentamiento tuviera consecuencias de orden político.

En suma, este esperado libro es el fruto del paciente trabajo de ocho años, algo que se refleja en el resultado final. Efectivamente, el autor ha cuidado tanto el contenido como la propia edición. El resultado no puede ser sino un magnífico estudio y su publicación por parte del Instituto para la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada un acierto pleno; prueba de ello es el anuncio para fechas inminentes, a un año de ver la luz, de una reedición. A esto cabe añadir, según manifestación propia en el prólogo, la intención del autor por proseguir con sus

estudios en este campo, de lo que esperamos beneficiarnos en un futuro.

Pedro CASTILLO MALDONADO
Universidad de Jaén

PEREA YÉBENES, Sabino: *El sello de Dios (Sfragis Theou): nueve estudios sobre magia y creencias populares greco-romanas*, Madrid 2000, 188 pp. ISBN : 84-931207-0-7.

Colección de nueve estudios de magia y religión en la antigüedad, que, a pesar de mantener su independencia entre sí, quedan reunidos en el cuerpo de obra de un libro interesado en rescatar distintas manifestaciones de las creencias mágico-religiosas en el campo del rito, el ensalmo, la invocación y el exorcismo, por sólo citar unas cuantas.

Con capítulos que tratan temas como “el poder mágico de los anillos”, una relación de usos y empleos mágicos donde aparece como protagonista principal el anillo: desde la exorcización de demonios hasta su empleo en finalidades que, sin malicia, podemos calificar de “más humanas”, a saber, el éxito en el amor y las prácticas eróticas, la suerte y la riqueza, sin olvidar el hechizamiento de enemigos y todo lo que gira entorno a lo humano primordial: la ansiedad ante el futuro y el porvenir.

Otros capítulos tratan aspectos como el del nombre de “Altísimo” aplicado a Dios en una gema mágica o el tema, que nunca pierde interés de las ordalías o juicios de Dios, en relación con el cual no pasará desapercibido ni al estudioso de la magia ni al cristiano que se acerque con un deseo puramente informativo de un hecho poco conocido lo que la poderosa armazón documental del autor refiere acerca de la ordalía o juicio de Dios sufrida por la Virgen María. “El uso del agua en los hechizos y en los exorcismos” ocupa otro capítulo no menos importante del libro, el agua era empleada para multitud de finalidades mágicas: la curación y provocación de enfermedades, el exorcismo, los hechizos amorosos, etc. Merced a su conocida cualidad de limpiador el agua abarca un amplio espectro de ritos purificatorios y lavatorios, desde “limpiar” a la mujer adúltera rociándola con agua hasta intentar purificar de la contaminación la casa y enseres que tuvieron contacto con un cadáver pasando por el poseso que también requiere del poder lavatorio y sanador del agua.

En suma, un libro que no sólo interesa al entendido en la magia antigua por el valor de su documentación sino también al profano o al sólo curioso que se

acerca al azar a estos temas que cada vez encuentran en nuestro país más estudiosos de mérito. Por otro lado es digno de reseñar que el libro aparece lleno de fotos y figuras explicativas, cosa que el lector agradece profundamente. Sin olvidar los hallazgos y el poder creativo del lenguaje de Sabino Yébenes que dejará admirado y cautivado a muchos de nuestros latinistas y helenistas por el valor de su invención en palabras de nuevo cuño y alto precio.

Marcelo LORENTE LINDES
Universidad de Granada

Elizabeth Donnelly CARNEY, *Women and Monarchy in Macedonia*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000, 369 pp. ISBN: 0-8061-3212-4.

Una de las épocas más interesantes para la historia de la intervención política de las mujeres en la Antigüedad corresponde, sin lugar a dudas, a la Macedonia clásica y helenística. Es en este período y en este lugar donde se inician en el mundo mediterráneo una serie de transformaciones fundamentales en todos sus aspectos -sociedad, política, economía, religión-, y, por supuesto, en las vidas de las mujeres. Es aquí donde comienzan a emerger con nombre propio una serie de fuertes personalidades femeninas, envueltas en la vida política, en un época turbulenta, que ya llamaron la atención en los historiadores de la Antigüedad. Sin embargo, sus vidas pocas veces han sido tratadas, al menos con el necesario rigor histórico, por la historiografía contemporánea.

El libro de Elizabeth Carney, que desde hace veinte años viene investigando sobre las mujeres de la familia real macedonia, y es la mayor especialista actual sobre el tema, trata de estas vidas femeninas no siempre comprendidas y valoradas, y que ahora emergen a la luz en un lúcido y riguroso trabajo.

Centrada en una situación histórica apasionante y compleja, es esta una obra necesariamente apasionante y compleja, tanto por el contexto turbulento como por las propias fuentes de que disponemos sobre ella, a menudo escasas, frecuentemente contradictorias, generalmente llenas de prejuicios a la intervención política de las mujeres, raras veces objetivas, y muchas veces cubiertas de un barniz de sensacionalismo. Sin embargo, Elizabeth Carney se desenvuelve con agilidad por estos documentos, que maneja con espíritu crítico y rigor.

En cuanto a la estructura de la obra, los capítulos primero y octavo están dedicados a la situación general de las mujeres de la familia real macedonia, antes y después de los cambios producidos en ella, mientras que los centrales se dedican

a relatar el desarrollo histórico lineal tanto de sus vidas individuales como del contexto general.

El primer capítulo trata tanto de la crítica de las fuentes como de la situación de las mujeres de la familia real macedonia en época clásica, así como de las posibles influencias que incidieron en ellas, en especial el mundo homérico, ya que los Argéadas se decían a sí mismos descendientes de Heracles, señalando algunas de las vidas de las pocas mujeres conocidas por su propio nombre en esta época. Punto crucial de este capítulo, así como en el resto de la obra, y esencial para la comprensión de estas mujeres y la turbulenta vida política macedonia, es la poligamia de los reyes macedonios, a menudo mal interpretada, infravalorada e incluso denegada. Elizabeth Carney señala cómo la existencia de varias esposas, y, por tanto, de varios herederos posibles, en un contexto donde la herencia no estaba regulada, provocó, además de una acusada inestabilidad sucesoria, la participación activa de algunas esposas de reyes en favor de sus hijos habidos o futuros.

La primera mujer en aparecer con personalidad propia envuelta directamente en política es Eurídice II, madre de Filipo II y esposa de Amintas III, en la primera mitad del siglo IV a.C., época que trata el capítulo segundo. Aunque se trata de una figura controvertida e incluso oscura, supone un primer protagonismo femenino, aunque en lugar secundario.

A continuación se suceden los capítulos más densos y largos de la obra, coincidiendo con la época de mayor presencia pública de las mujeres, en medio de trascendentales y profundas transformaciones de su papel, y en la que Carney ha centrado sus investigaciones anteriores.

El capítulo tercero trata del reinado de Filipo II, padre de Alejandro Magno, y, por supuesto, de sus siete esposas, de procedencia y personalidad muy diferentes, entre las que descolla la figura de Olimpia, madre del conquistador. Aunque en esta época la intervención directa de las mujeres en política es casi insignificante, si descartamos las luchas “domésticas” en palacio, se produce la transformación más profunda de la monarquía macedonia, en un contexto de fuerte expansión territorial que culminará con la hegemonía sobre Grecia, con un rey que proclamaba su helenismo. Una de estas transformaciones es la importancia pública que el mismo Filipo dará a su propia familia, en una monarquía que se basaba en el clan de los Argéadas. De este modo, no deja de ser significativa la emergencia de un buen número de nombres femeninos, por oscura que sea su figura.

El reinado de Alejandro Magno (capítulo cuarto) supondrá una mayor implicación política de las mujeres, sobre todo, de Olimpia y de Cleopatra, hermana del rey, sin olvidar la figura de las esposas de éste. Su muerte abrirá una

época de caos y feroz lucha entre sus sucesores (capítulo quinto), en la que las mujeres de la familia Argéada se implicarán abierta y decisivamente en los acontecimientos, adoptando incluso papeles masculinos, aunque siempre en favor de un familiar varón. Nombres como Olimpia, Cleopatra 2, Cinane o Adea Eurídice adquieren protagonismo y actúan en primera fila junto con los varones. Buena parte de su intervención se debe a la incapacidad de los herederos de Alejandro -uno, un niño; el otro, mentalmente incapacitado-, pero también a los cambios producidos en la monarquía macedonia y a la propia fuerte personalidad de estas mujeres. Al cabo, todas ellas fracasarán, en medio de las luchas intestinas, de las que fueron víctimas también numerosos protagonistas varones, en medio del fin de la dinastía Argéada.

El capítulo sexto trata de la época de caos que siguió a la caída de la dinastía, con una rápida sucesión de reyes, y en la que se produce la desaparición definitiva de los Argéadas, con la muerte de Tesalónica, la última descendiente viva de Filipo II. Aunque algunas personalidades femeninas descollarán, lo harán en lugares ajenos a Macedonia, sentándose las bases del poder de algunas reinas helenísticas, como las de Egipto. La época señala un declive de la intervención política directa de las mujeres en el reino originario, seguramente porque ésta se basa en su posición dinástica, y ahora las dinastías en Macedonia se suceden sin continuidad. No obstante, se observa una mayor institucionalización de la figura pública de estas mujeres, para las que ya se emplea el título de “reina”.

La dinastía Antigónida, que acabó por imponerse (capítulo séptimo), supone, a los ojos de Carney, el declive definitivo del papel de las mujeres de la familia real, cuyos nombres son a menudo desconocidos o de difícil identificación. La autora vincula este cambio a la transformación de la monarquía dinástica en una monarquía personal. Sin embargo, es éste sin duda el capítulo más flojo de la obra. Los testimonios de las fuentes literarias no parecen amoldarse a los testimonios epigráficos, en continuo incremento, que ofrecen una notable presencia de la figura de la reina. Además, si la dinastía no tiene importancia, ¿qué sentido tendría que el regente (Antígono Doson) de un rey niño se casara con la viuda del rey difunto (Demetrio II) y la madre del heredero (Filipo V)? Quizá la mayor oscuridad literaria de estas mujeres se deba, aparte de una mayor helenización de Macedonia, a que, simplemente, las mujeres no intervinieron en la política -al menos, en los llamativos roles masculinos- porque había varones capacitados. También, como señala Carney, el declive de la poligamia redujo las luchas de las distintas esposas por sus hijos; pero esto también debió de suceder antes de Amintas III, y apenas nada se sabe de ellas.

El capítulo octavo señala las transformaciones que se produjeron en la

situación pública de las mujeres de la familia real macedonia en época helenística -bodas reales, epónimas de ciudades, culto dinástico, desarrollo del título de reina (*basilissa*), poligamia, atributos reales-, capítulo que se nos antoja habría merecido mayor amplitud.

El libro se cierra con un último capítulo dedicado, a modo de apéndice, al controvertido asunto de la identificación de las mujeres y hombres sepultadas en las tumbas reales de Vergina, tema que ha dado lugar a una extensa bibliografía, y que Carney, finalmente, quizá con excesiva prudencia, deja sin resolver.

Elizabeth Carney deja muchas cuestiones abiertas, y que quizá nunca sen resueltas, siendo realista con la información de la que disponemos. Es un libro difícil por la propia complejidad de la situación, plagada de nombres y acontecimientos históricos, por lo que se recomienda un previo conocimiento de la época antes de emprender la lectura del libro. La incorporación de las biografías individuales dentro del texto general, necesarias, pero que tal vez debían haber ido aparte, no contribuye a aclarar el panorama. En medio de la marea de nombres y de relaciones familiares, son de agradecer los árboles genealógicos que la autora coloca al final del texto, y sin los cuales sería difícil desenvolverse.

Por otro lado, la autora, que muestra un soberbio conocimiento de Macedonia antigua, parece, no obstante, obviar a mujeres cercanas, como las de Grecia. Aunque las situaciones sean a menudo diferentes, se producen mecanismos en la vida de las mujeres que se repiten en las sociedades patriarcales antiguas. De este modo, algunos aspectos podrían ser explicados con paralelismos, que no identificaciones, antiguos -la autora se refiere a menudo a situaciones medievales-, como la Grecia contemporánea, las emperatrices romanas, o, sobre todo, como también señala la autora, el mismo mundo mítico griego, al que los propios monarcas macedonios pretenden remitirse.

Se trata, en suma, de una obra importante, esencial para comprender tantos los cambios del mundo helenístico como la historia de las mujeres. Redescubre las vidas de mujeres que descollaron por su personalidad pública, y que suponen un punto de inflexión en la intervención política femenina, favoreciendo la de los reinos helenísticos. Es, por tanto, un libro de lectura obligada para quienes pretendan estudiar la intervención política de las mujeres en la Antigüedad y el desarrollo de las monarquías en el mundo griego y romano.

María Dolores MIRÓN PÉREZ
Universidad de Granada

Enrique GOZALBES CRAVIOTO. *Caput Celtiberiae. La tierra de Cuenca en las fuentes clásicas*. Colección Humanidades, 52, Ediciones de la Universidad, Cuenca, 2000, 317 pp. ISBN : 84-8427-084-X.

El análisis de E. Gozalbes sobre las fuentes literarias es un trabajo muy provechoso para una aproximación a la historia de Cuenca en la antigüedad. El estudio consta de una introducción y de las cinco partes siguientes: I. Las fuentes literarias: 1. Historia antigua y textos literarios. 2. Las fuentes literarias y la Hispania antigua. 3. Tradición historiográfica acerca de Cuenca en la antigüedad. II. La oscura visión de los Beribrases. III. Las fuentes sobre los Olcades. IV. La época de conquista romana. V. La romanización en tierras de Cuenca. La obra se cierra con un último apartado dedicado a las conclusiones, índice de nombres, índice de fuentes y bibliografía general. La obra cuenta con 29 ilustraciones que completa la investigación histórica.

La ordenación del libro es detallada, puesto que a través de cada capítulo se concreta el texto literario correspondiente y comentario histórico. El conjunto de la obra es un trabajo sistemático y exhaustivo, referencia para concretar los clásicos que aluden a esta parte de la Hispania romana. Concretamente, nos ayuda a conocer qué autores mencionan a las tres ciudades romanas ubicadas en la actual provincia de Cuenca: Ercavica (Cañaveruelas), Segóbriga (Saelices) y Valeria (Valera de Abajo). La primera, ubicada en el castro de Santaver, aparece catalogada por Ptolomeo (II, 6, 57) como ciudad celtibera, se documenta asimismo en Plinio (nat. III, 3, 24) como ciudad de derecho latino antiguo y Livio (XL.50.1.) la menciona como "*nobilis et potens civitas*". Segóbriga en las proximidades de Saelices conserva uno de los mejores conjuntos arqueológicos de la Hispania romana. Finalmente, Valeria es posible que diera nombre a esta ciudad romana. C. Valerio Flaco, que en 93 vino como cónsul a gobernar la Citerior y a reprimir duramente una sublevación de celtiberos (Apiano, Iber. 100, FHA, IV 153). El mismo personaje, que es el que autoriza la *tabula Contrebiensis*, envió en 82 a.C. jinetes celtibéricos a Roma, que desempeñaron un papel terrible en la guerra civil: 270 se pasaron a Sila, a los demás les dio muerte Carbón (Appiano. Bell. civ. 1, 89, FHA IV 159). La *Notit. dignit.* sitúa en Valeria la *cohors prima Gallica*. El *status* de municipio latino: *municipium Latii veteris Valerienses*. Época augustea.. Plinio 3, 25 la cita entre las ciudades de derecho latino antiguo dependientes de Carthago Nova.

Eva M^a MORALES RODRÍGUEZ
Universidad de Granada

Manuel RODRIGUEZ DE BERLANGA. *Monumentos históricos del municipio flavio malacitano*. Edición facsímil, Servicio de Publicaciones, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA), Málaga, 2000, 574 pp. ISBN:84-7785-373-8.

El trabajo de recopilación de M. Olmedo Checa sobre las antigüedades malacitanas de Manuel Rodríguez de Berlanga es un trabajo muy útil. Comienza su análisis con un estudio preliminar, continúa con una extensa introducción donde incluye diversos apartados: razón de este estudio, bibliografía sobre el Dr. Rodríguez de Berlanga, datos sobre su nacimiento y juventud, hallazgo de los bronceos en El Ejido malagueño, repercusión en Europa del hallazgo de los bronceos loringianos, algunas notas sobre los marqueses de Casa-Loring, ingreso del Dr. Berlanga en la Real Academia de la Historia, sus actividades sociales y su aversión a la política, la creación del Museo Loringiano en la Concepción, la etapa revolucionaria malagueña, su actividad investigadora tras la Restauración, Rodríguez de Berlanga furibundo censor, nuevos estudios y publicaciones, los últimos años de su vida, su fallecimiento en Alhaurín, epílogo. Todo un programa dilatado como lo fue la obra del gran historiador.

La segunda parte de esta antología recoge en edición facsímil la obra de M. Rodríguez de Berlanga sobre las antigüedades malacitanas. Su obra *Monumentos históricos del Municipio Flavio Malacitano* de Abril de de 1864 recoge todo el material de la ciudad romana: inscripciones, clásicos (Aulo Hircio, Strabón, Pomponio Mela, Cayo Plinio Segundo, Plutarco, Claudio Ptolomeo, Itinerario de Antonino, Rufo Festo Avieno, Marciano Mineo Felix Capela y Stephano de Byzancio), manuscritos (Pedro Valera, Cándido Maria Trigueros, Alonso Franco, Juan fernández Franco, Rodrigo Caro, Antonio Baca, Diego Rivas Pacheco, Martín Vázquez Siruela, Luis José Velázquez, Cristóbal Conde, Francisco Carter, Francisco Pérez Bayer, José Antonio Conde y Benedicto Ramberto), comentarios (historia y jurisprudencia), plano de Málaga de 1871 de José Carrión de Mula, vista del barranco de los Tejares de Málaga y la *lex flavia* del municipio de derecho latino.

Eva M^a MORALES RODRÍGUEZ
Universidad de Granada

AA.VV. *Patrimonio Cultural de Málaga y su provincia*. Volumen I: Málaga. Patrimonio natural y patrimonio histórico artístico. Desde la prehistoria hasta la edad media. Málaga, 1999, CEDMA, 393 pp. ISBN: 84 7785 355-X.

La recopilación de AA.VV sobre los bienes de interés cultural malacitanos es un trabajo muy ventajoso para cualquier investigador o persona interesada. Bajo la dirección de Teresa Sauret Guerrero, los distintos autores: Rogelio Abad, Agustín Antúnez Corrales, Estrella Arcos von Haartman, Cecilio Barroso Martínez, Rosario Camacho Martínez, Rafael Miguel Conde Álvarez, Rosa Enríquez Arcas, Ángel Galán Sánchez, Francisco García Gómez, Ana Giráldez, Eduardo Hergueta González, Lourdes Jiménez Fernández, Zenaida Liñero Roca, Virgilio Martínez Enamorado, Clelia Martínez Maza, José María Nieto Caldera, Luis Javier Palomo Muñoz, Eva Ramos Fresno, José A. Reina Hervás, Antonio Román Muñoz, Manuela Eva Sáenz de Tejada Cruzado, Enrique Salvo Tierra, Teresa Sauret Guerrero, Rosario Velasco Román y Fernando Wulff Alonso realizan un extenso recorrido a lo largo de la geografía e historia de Málaga.

La obra está estructurada con un prólogo, dos bloques temáticos y un anexo bibliográfico. En la primera parte se analiza el patrimonio natural (I. Características Medio Ambientales. El medio físico. I.1. El Patrimonio Natural del término de Málaga. Características generales. I.2. La Naturaleza construida. Jardines de Málaga) y en la segunda se centra en analizar la historia de Málaga, desde la Prehistoria hasta la época andalusí (II. 1. Los orígenes de la ciudad de Málaga. Los antecedentes prehistóricos. II. 2. La ciudad en la antigüedad. II. 2.a. La estructura urbana de la Málaga antigua. III. Málaga Musulmana. De la conquista a la guerra final. Siglos VIII al XV. III.1. La ciudad islámica). Finalmente, se incluye bibliografía, un índice de nombres, procedencia de las fotografías y abreviaturas.

Eva M^a MORALES RODRÍGUEZ
Universidad de Granada

FLORO, *Epítome de la Historia de Tito Livio*, Introducción, traducción y notas de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero, Madrid 2000 (Biblioteca Clásica Gredos vol. 278), Ed. Gredos, 376 págs.

Hoy día es difícil encontrar algún autor clásico del que no existan en el mercado editorial dos o tres buenas versiones recientes. Por ello resulta

sorprendente que haya habido que esperar hasta el año 2000 para poder contar con una traducción moderna al español (la inmediatamente anterior es la de J. E. Díaz Jiménez, de 1885) del *Epitome de Tito Livio omnium annorum DCC*. Este relativamente breve texto refiere las hazañas del pueblo romano a lo largo de los setecientos años de historia que abarcan desde la fundación de la Ciudad hasta la concesión a Octavio del título de Augusto (27 a.C.). Obra de *Lucius Annaeus Florus* según el nombre contenido en el *MS. Nazarianus* pero cuya exacta identificación es difícil de establecer (hay cinco Floros en unos años relativamente próximos), pese a su título, el *Epitome*, redactado probablemente a finales del reinado de Adriano, no es un simple manual escolar, aunque la obra tuviera tal uso posteriormente, ni tampoco una narración en forma de crónica, sino que se trata de un panegírico al pueblo romano en el que las distintas secciones que lo componen constituyen pequeñas piezas de arte retórico. Dividido en dos libros, de los que el primero trata la época anterior a destrucción de Numancia, en tanto que el segundo se cierra con Augusto, en ellos Floro periodiza la historia de Roma partiendo del concepto de las edades de la vida del hombre, una concepción que está presente en numerosas culturas y que en Roma parece iniciarse con los *Origines* de Catón y alcanza su formulación más precisa en uno de los Séneca, probablemente el rétor. Puesto que el verdadero protagonista de la obra es el pueblo romano, no debe extrañar que en ocasiones el autor no se preocupe por mencionar el nombre de los generales que dirigen las operaciones militares o que aparezcan indistintamente bajo el gentilicio familiar hechos referidos a personajes muy diversos. Esta concisión en las referencias históricas y un estilo muy cuidado, más próximo a la retórica que a la historiografía (así, abundan las metáforas y las clausulas rítmicas), donde se privilegia constantemente la brevedad a expensas del orden cronológico y de la precisión histórica, supuesta en muchos casos como presupuesto general del lector, constituyen las mayores dificultades a la hora de traducir a Floro. El primer inconveniente ha sido resuelto por los autores mediante un abundante aparato de notas (453 en el Libro primero, 304 en el segundo) que, junto con dos completos índices de personajes históricos y de nombres geográficos (págs. 345-374), facilita en todo momento la búsqueda e identificación de los centenares de hechos y personajes históricos a los que alude o menciona Floro, muchas veces de manera críptica, y en ocasiones, de forma inexacta; el segundo, mediante una acertada y precisa traducción que recoge en español las características tan peculiares del estilo del autor, más próximo al conceptismo de Séneca y a la brevedad de Tácito que al fluido periodo de Livio. Para ello, los autores siguen básicamente el texto de la segunda edición de Malcovati (1972), confrontado con las de Halm (1854), Forster (1929) y Jal (1967) en algunos

pasajes. La actual división en dos libros, que sustituye a la antigua de cuatro, todavía utilizado por algunos historiadores, ha llevado a los autores al uso de un sistema de citas más completo, y a la vez complejo, que permite la identificación de ambos procedimientos (un índice de correspondencias en las págs. 343-4 muestra la relación entre las ediciones antiguas en cuatro libros y las modernas en dos) y facilita una información más completa y exacta. Por su parte, la Introducción (págs. 7-78), dividida en doce capítulos, expone los principales problemas que plantea la obra, desde la problemática identificación del autor hasta el análisis de la tradición manuscrita y de las principales ediciones, pasando por el estudio de las fuentes de las que se sirvió Floro y su relación con el *Ab urbe condita* de Livio, o la concepción historiográfica del autor y su peculiar estilo retórico, tan difícil de verter.

Se trata, en resumen, de la primera traducción moderna al español del *Epitome* de Floro, llevada a cabo con el rigor filológico que constituye la norma de la colección en la que aparece. Como era de esperar en dos consumados filólogos como los firmantes de esta edición, que indudablemente será de gran interés no sólo para filólogos e historiadores sino para cualquier lector interesado en el mundo clásico.

Leonor PÉREZ GÓMEZ
Universidad de Granada

ISIDORI HISPALENSIS VERSUS, cura et studio J. M^a. Sánchez Martín, Turnhout 2001 (Corpus Christianorum, Series Latina CXIII A), Brepols Publishers, 274 págs.

En el conjunto de la vasta producción literaria de Isidoro de Sevilla, que incluye la mayor parte de los géneros cultivados en su época, se ha echado en falta repetidas veces la existencia de una obra poética a la altura de sus escritos en prosa. Con excepción de algunas expresiones líricas como la *Laus Hispaniae*, sólo 27 *tituli*, un subgénero de la poesía epigramática de carácter exclusivamente epigráfico, puede serle atribuido con cierto grado de verosimilitud. Se trata de un conjunto relativamente breve de dísticos, cuya autoría ha sido discutida en muchas ocasiones (Díaz y Díaz, Pascal) pero que para el autor de la presente edición pertenecen sin duda alguna a la pluma isidoriana. Aunque la tradición literaria suele referirse a estas composiciones con el título de *uersus in bibliotheca*, y efectivamente a este grupo pertenecen la mayoría de las composiciones (las quince

primeras), lo cierto es que los *tituli* aluden no sólo a la biblioteca isidoriana sino también a otras dependencias contiguas a ésta como la *apoteca*, la especiería o el *scriptorium*. Es posible que este centenar de versos poco añadan a la gloria de Isidoro, pero también es cierto que sin ellos la imagen que tenemos del sabio y erudito resultara diferente, tanto en lo que muestran de conocimiento de la tradición clásica como en lo relativo a su método de trabajo y de composición. El hecho de que la última edición de estos versos sea la de Ch. H. Beeson de 1913 (reproducida por A. Ortega -con tan numerosas erratas que la hacen inutilizable- en la revista *Helmantica*, 65, 1961), con múltiples errores de transcripción en el aparato crítico debidos sin duda a las circunstancias en que trabajó el autor, justifica ya de por sí la necesidad e interés de la edición que comentamos. En ella, el autor, joven filólogo de la Universidad de Salamanca, ha realizado una colación minuciosa de más de cuarenta testigos de distintas épocas y procedencias, en muchos casos no conocidos por editores anteriores, cuyas variantes aparecen registradas en su totalidad en el aparato crítico, que es básicamente del tipo negativo. La unificación ortográfica realizada, aun reconociendo la enorme dificultad de restituir la ortografía original del primitivo arquetipo isidoriano, parte de la aceptación del principio de la relativa corrección de la lengua de Isidoro, tal como aceptan hoy comúnmente la mayoría de los estudiosos, y en determinados casos de lecturas divergentes ha pesado en la elección de la lectura la consideración de la historia y las características peculiares de cada códice, acomodado en lo posible al *usus scribendi* acreditado del autor. En cuanto al aparato de fuentes, donde se recogen los principales antecedentes, tanto formales, definitivos en un texto poético, como de contenido, son muchos los casos en que por primera vez se pone de relieve el débito de Isidoro con algún autor clásico. La edición de los versos isidorianos comprende las págs. 207-235, y junto a cada poema aparece la traducción del mismo, para la cual se ha tenido en cuenta la voluntad poética del texto, procurando mantener su singularidad mediante el uso de la rima o la asonancia vocálica y la conservación, en la medida de lo posible, de los distintos recursos estilísticos usados por Isidoro. Un breve comentario (págs. 236-250) justifica algunas de las lecturas elegidas por el editor o aclara determinados puntos de orden tanto lingüístico como literario. Tres índices, uno de fuentes, otro de códices, y otro de formas y palabras, cierran la edición (págs. 251-272).

El comentario de la presente obra resultaría incompleto, y sobre todo injusto, si no hicieramos referencia a la primera parte de la edición, un monumental estudio literario y crítico (págs. 11-207) que por sí solo justifica la edición de los versos isidorianos. En él, el autor analiza detenidamente el género

y la autoría de los versos, insertándolos en el contexto de la tradición literaria anterior. Especialmente interesante es el análisis de las fuentes literarias de los *uersus*, fundamentalmente Marcial, pero también poetas cristianos como Dámaso, Venancio Fortunato, Sedulio, Draconcio o Juvenco, y donde se ponen de relieve los dos procedimientos fundamentales del método literario de Isidoro, la acumulación y la compilación. En este sentido, como señala el autor (págs. 73 ss.), los *tituli* isidorianos son un mosaico de fórmulas y expresiones poéticas tomadas de autores diversos sometidas a distintos procesos de combinación y contaminación mediante los cuales Isidoro inserta su obra en el seno de una tradición poética que remite a una Antigüedad aún viva. A esto se añade una labor de condensación y abreviación análoga, aunque a escala diferente, a la llevada a cabo en sus otras obras en prosa. Igualmente relevante es el estudio de las particularidades lingüísticas, estilísticas y métricas de los versos de Isidoro, o el análisis de su pervivencia en autores posteriores como el anglosajón Beda, Eugenio de Toledo -el más importante poeta de la España visigoda-, Cipriano de Córdoba o los poetas del Renacimiento Carolingio, Teodulfo de Orleans, Alcuino de York o Pedro de Pisa, en los que los *carmina* isidoriana hallaron sus más directos imitadores gracias a la enorme difusión y al prestigio de la obra en prosa de Isidoro en los círculos intelectuales del momento. Por último, el estudio crítico (pags. 101-185) analiza y clasifica 42 manuscritos anteriores al s. XV, la mayoría de época carolingia, así como las ediciones impresas desde la *princeps* de Juan Tamayo de Salazar (Lyon 1652). Una amplia y completa bibliografía (págs. 186-205) cierra la Introducción.

Al margen pues de la consideración que podamos tener del Isidoro poeta, nos encontramos ante una obra de gran envergadura filológica que revela la maestría y el rigor de su autor tanto en el campo de la edición crítica como de la tradición literaria clásica, conocimientos ambos imprescindibles para la realización de un libro como el que reseñamos. Sólo nos resta felicitar al autor del mismo y esperar de él otros trabajos en esta misma dirección.

Leonor PÉREZ GÓMEZ
Universidad de Granada

Aristóteles, *Física*. Texto revisado y traducido por José Luis Calvo Martínez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colección de Autores Griegos y Latinos (Alma Mater), Madrid, 1996. CVIII + 277pp. ISBN : 84-00-07633-8.

La edición y traducción de la *Física* de Aristóteles por José Luis Calvo Martínez responde con creces a la encomiable labor de la colección editorial Alma Mater en la publicación de textos antiguos y recupera una obra fundamental para los estudios aristotélicos que ha estado durante mucho tiempo subordinada al valor modélico de la *Metafísica* como fundadora de una disciplina. La *Física*, que fue también fundadora de una disciplina ilustre, la llamada Filosofía Natural, pareció en época moderna haber sido superada por los avances positivos de la ciencia; sin embargo, además del valor que pueda tener hoy como base un legado importante en la historia de las ideas en Europa, el contenido del tratado vuelve a recuperar el interés de algunos pensadores y científicos modernos como R. Thom, que ven en esta obra el principio de una teoría fundamental, como es la del continuo.

Por otra parte, la versión de José Luis Calvo supera la ya difícil tarea de edición y revisión crítica de una obra de las características de la *Física* aristotélica, ya que, además de la rica introducción que precede al texto del estagirita, la traducción del mismo está entreverada de un gran número de notas explicativas que conforman, más que anotaciones al pie, un verdadero comentario.

La introducción constituye una suerte de anticipo pedagógico a la *Física* y de declaración de intenciones donde se combinan el magisterio de la contextualización comprensiva –vida, obra y pensamiento aristotélico, prolepsis esquemática del argumento de los libros constitutivos, hermenéutica diacrónica–, el repaso erudito de las ediciones anteriores –tradición manuscrita, traducciones árabes y latinas– y la honestidad filológica –criterios de edición y traducción, elenco bibliográfico–.

Las bases documentales a las que remite la edición del texto griego son, en primer lugar, la de Bekker (Berlín, 1831) y las de Ross (Oxford, 1936 y 1950), cuyo texto, aparato crítico y, en su caso, comentario revisa con pulcritud.

Al pie de la traducción figura un rico aparato de notas en las que se clarifican las dificultades fundamentales que conciernen a la traducción del texto:

- a) notas textuales, donde se justifica la elección de una determinada lección manuscrita frente a otras,
- b) notas terminológicas, donde se da razón ponderada de la traslación del sentido de un término griego a su correspondiente en español,

- c) notas de referencias, notas eruditas que especifican una determinada cita de Aristóteles, que remiten a una fuente original, que aluden a otros pasajes de similar temática en otros libros de la propia *Física* o de otras obras del autor, o a pasajes análogos o controvertidos de otros autores griegos ...
- d) notas conceptuales, que sobrepasan las fronteras del filólogo y alcanzan el grado de la exégesis científica, que aclaran el significado de una explicación confusa no sólo mediante la discusión verbal sino incluso mediante diagramas o representaciones gráficas;
- e) notas de *realia*, esclarecedoras y alusivas a aspectos culturales, e incluso notas “anecdóticas” que aprecian hasta inflexiones jocosas o de humor en una obra parca en su expresión, de estilo “áspero, elíptico, conciso y repetitivo”.

De hecho, la finalidad, y la originalidad, de la nueva traducción que propone José Luis Calvo es la de salvar las dificultades de una obra no prevista tal cual para su publicación, escrita en un registro lingüístico específico, en un “idiolecto peripatético” de difícil comprensión por los anacolutos y el laconismo más propios de unos apuntes científicos que de un tratado divulgativo, de un texto, en definitiva, en el que lo presupuesto muchas veces es tanto como lo que se expresa.

La solución que brinda esta traducción, que huye de las traslaciones viciadas de la tradición escolástica y de los cansinos corchetes y paráfrasis habituales, es una renovada literalidad en el registro aristotélico, sobre la que vamos a centrar nuestra reseña.

Uno de los escollos que planteaba la obra era, pues, el utillaje lingüístico, es decir, la utilización paulatina de un léxico que se va especializando progresivamente. En ese proceso, tienden a cristalizarse palabras como $\alpha\rho\chi\eta$ o $\upsilon\ \pi\omicron\kappa\epsilon\iota\ \mu\epsilon\upsilon\omicron\nu$ que presentan una bifuncionalidad terminológica según el contexto en el que aparecen, contexto que el traductor ha clarificado en su versión gracias a una discriminación coherente: $\alpha\rho\chi\eta$, por ejemplo, es “principio” en contextos específicos alusivos a especulaciones de carácter científico, mientras que en expresiones comunes no alusivas a ningún axioma, $\alpha\rho\chi\eta$ nunca se traduce por “principio” sino por cualquier otro sinónimo que evite confusión. En el caso de $\upsilon\ \pi\omicron\kappa\epsilon\iota\ \mu\epsilon\upsilon\omicron\nu$, el sentido etimológico de “lo que subyace” lo emplea el traductor únicamente para contextos alusivos a un plano ontológico, mientras que en el plano lógico la traducción es “sujeto”.

Nos parece que lo que hace el profesor Calvo Martínez es aplicar al estudio del lenguaje filosófico algunos criterios metodológicos del análisis estructural del significado, según el cual las distribuciones de los términos en diferentes contextos determinan sentidos diferenciados, lo cual, en el fondo, es coherente con el principio aristotélico de la unidad analógica y con el empeño del Estagirita por clarificar el lenguaje y distinguir significados diferenciados en el empleo del vocabulario.

Pero el proceso de cristalización del lenguaje específico afecta también a sintagmas que se van lexicalizando. En este caso, la especialización que adquiere el sentido concreto de la expresión sintagmática exige del traductor la reducción al término exacto al que dicho sintagma acaba por referirse. Es el caso de $\tau\omicron\ \tau\iota\ \eta\ \nu\ \epsilon\iota\ \nu\alpha\iota$, que se suele traducir siempre por “esencia”, en lugar de por “el qué cosa era (para x) ser (x)”.

El segundo escollo lo presentaba no la lengua empleada en el tratado, sino la erosión sufrida por las traducciones posteriores que exigían una renovación. Por una parte, había palabras claramente cristalizadas con una sola acepción cuya versión al español era inexacta o daba lugar a confusión y a error. Una de ellas era, sin duda, la que da título a la obra. *Phýsis* y sus derivados aluden explícitamente a la naturaleza, en relación con la cual han de traducirse aquéllos y no, como era familiar, transcribirse, pues la acepción actual de *física* se restringe a un ámbito muy diferente del de la *physiké* antigua. De ahí que el traductor opte por ser fiel al sentido originario y a la tradición de pensamiento antiguo a la que se referían los términos $\phi\upsilon\sigma\iota\kappa\eta$ y $\omicron\iota\ \phi\upsilon\sigma\iota\kappa\omicron\iota$, y traduzca por “ciencia de la naturaleza” o “filósofos de la naturaleza” respectivamente.

Por último, el latín medieval y la tradición escolástica y tomista habían, a su vez, catalogado y fosilizado ciertos términos cuya reproducción a la norma actual llevaba a confusión, cuando no era inexacta respecto al sentido original. Vamos a citar sólo algunos ejemplos que creemos sumamente valiosos, como es el caso de $\tau\omicron\ \omicron\ \nu, \tau\alpha\ \omicron\ \nu\tau\alpha$. La creación de un participio latino similar al griego, derivado de *sum*, *ens-entis*, quedaba en español sustantivado en “el ente, los entes”, perdiendo no sólo su indeterminación morfosintáctica sino también semántica, indeterminación que recupera José Luis Calvo con la traducción por “lo-que-es”, “las-cosas-que-son”, traducción literal del problema filosófico que retoma Aristóteles y de la expresión griega que lo plantea: un participio atributivo. Problemas similares presentaban las expresiones $\tau\omicron\ \epsilon\ \xi\ \omicron\upsilon$, “aquello-a-partir-de-lo-cual”, $\tau\omicron\ \omicron\ \theta\epsilon\upsilon$, “aquello-de-donde”, $\tau\omicron\ \omicron\upsilon\ \epsilon\ \nu\epsilon\kappa\alpha$, “aquello-para-lo-cual”, es

decir, las *causas* (causa material, causa eficiente, causa final), donde la traducción se unía a la interpretación.

Lucía ROMERO MARISCAL
Universidad de Almería